

los ángeles son andróginos, y Dios y los Angeles, son espíritus. Y se dice que los estoicos admiten el «ánima» y el «ánimus» para indicar lo masculino y lo femenino del alma, distinción que ha recogido Claudel y ha estudiado Jung y recientemente ha servido al Padre jesuita inglés D'Arcy, para un estudio sobre el amor. Todo eso se dice allí pero nada de eso lee o no entiende. Mas sí tiene buen cuidado de asegurar (por si alguien dice que está bien lo que digo) que tales cosas no son nuevas, pues Ortega en el IV tomo de «El Espectador» expone una teoría análoga. La mala fe es evidente. Primero porque yo desafío a que me diga el Sr. Romero, si lo que yo venga exponiendo a lo largo de tres o cuatro mil páginas en seis libros, es lo que Ortega dice en Salomé; y segundo, porque si lo que dice Ortega es lo mismo que digo, entonces la extravagancia será de Ortega y no mía. En suma; si hay algo que valga la pena en mis libros no es mío, y si es mío, no es bueno. He ahí la actitud de un crítico director de una Revista extremeña, ante un escritor extremeño.

Y todo con un chorro de erudición casera, de manual o índice de manual, que solo sirve para probar los posos de este malogrado escritorcito. Termina afirmando que hasta repito mis imágenes y que no corrijo las pruebas.

Quiero concluir quitando indignación a mis palabras. Ese mismo libro al que el Sr. Romero, no le halla sino defectos y malas imitaciones, ha sido traducido al francés con una introducción de un profesor de Filosofía, Mr. Lefèvre. Va a serlo también al italiano por el ilustre tenor y escritor Lauri Volpi y ha solicitado hacerlo también el profesor Teodosio Capalozza. Y el ilustre padre jesuita Salvador Cuesta, Profesor de filosofía de la Universidad pontificia de Comillas le ha dedicado una reseña generosa como ninguna en la Revista «Pensamiento». También el P. Echarri, ilustre hombre de ciencia de Oña (Burgos), me ha escrito cartas cariñosísimas como el padre también jesuita, Francisco Arredondo, de Córdoba. El filósofo argentino Francisco Romero le ha dedicado unos artículos en una revista de Costa Rica y el peruano Wagner de Reyna buenas páginas en Argentina. Tenía que ser el director de una Revista extremeña quien gritara que ese libro es poco menos que una estupidez, escudándose en la cortesía de llamar alguna vez «ilustre» a su autor, desde luego de modo inmerecido. Resulta irónico llamar «ilustre» a quien se prueba que es un zoquete que necesita las reprimendas del Sr. Romero. Le devuelvo el adjetivo con gravedad y sin ironía.

PEDRO CABA



NOTA: Para no dedicar excesivo número de páginas a este asunto, demoramos la respuesta hasta el mes próximo.



Voces y expresiones viciosas

Algido

Si tuviéramos en más estima a los clásicos, cuya lectura es compatible con cualquier flamante y novísimo libro de nuestros días, sabríamos que a quince millas o cosa así, de Roma y en el campo Tusculano, hay un monte que se llamaba Algido, a causa del frío que hace en él. *Quacunque aut gelido prominet Algido* (Horacio: Oda XXI. A Diana y Apolo, Madrid, 1783).

En posesión de este precioso dato y mediante un pequeño esfuerzo discursivo, descubriríamos que cuando se escribe o se dice que un asunto ha llegado a su periodo o momento *algido*, queriendo significar con esto que ha alcanzado su más alto grado de calor, su temperatura moral más alta, se incurre en grave dislate. La voz *algido* pertenece más bien al lenguaje científico, y más concretamente a la patología. Se expresa con esta palabra el gran enfriamiento que se presenta en determinadas enfermedades, como la fiebre intermitente perniciosa y el cólera. Aplícase también al esclerema de los recién nacidos y al estado glacial del cuerpo cuando se acerca la agonía.

Consiguientemente, cuantos ejemplos transcribimos a seguido son otros tantos testimonios del incorrecto empleo de esta voz.

«Por las noches llegaban al periodo *algido* mi tiranía y las bondades de mi abuelo y de sus contertulios». Julio Nombela (*Impresiones y recuerdos*).

«... Pero en el año 1856 mi trato con la familia de Santa Coloma llegó al periodo *algido*, y a su debido tiempo referiré curiosos portomoneros de las personas a quienes conocí en aquella casa»... (*Ibidem*).

«...y como la guerra civil estaba entonces en uno de los periodos *algidos*»... (*Ib.*)

«A pesar del estado *algido*, en que la natural desesperación del joven castellano se hallaba por tantos y tan valederos motivos, siempre allá hervía, en su fondo leal y honrado, el horror invencible de todo corazón cristiano al suicidio»... Castelar. (*El suspiro del moro*).

«... y de la pasión ya concluida, ya llegada a su momento *algido*, en su forma dolorosa y perentoria» Ortega y Gasset (*El Espectador*, t.º I).

Creemos que esta corruptela del lenguaje, pues el tal uso de *algido* pugna con la etimología de dicha voz: (*algidus*: frío) puede evi-

tarse fácilmente con las voces *crítico* y *culminante*: así diremos que este o aquel asunto ha llegado a su periodo crítico o culminante.

Y para que se vea que hay en nuestra literatura quien sabe emplear correctamente la voz objeto de este palique, aducimos el siguiente ejemplo:

«... graduar el número de bizcochos en la inmediata salvilla y el refrigerio, más o menos álgido, del gran vaso de agua enfiada con hielo natural»... Duque de Maura (*Vida y reinado de Carlos II*).

Cuidado con la algidez,
que es singular por demás
confundir la ardiente Libia
con el casquete polar.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

AVISOS

El que, válido de subterfugios, rehuye, en tiempos de prueba, el sacrificio a que venía obligado, miente, cuando en tiempos de bonanza alardea de entusiasmo por el triunfo al que no contribuyó. Estos tales son vivero de traiciones, genitores de hombres híbridos, sinuosos para obtener ganancia e incapaces de buen gobierno. Son carcoma de la humanidad.

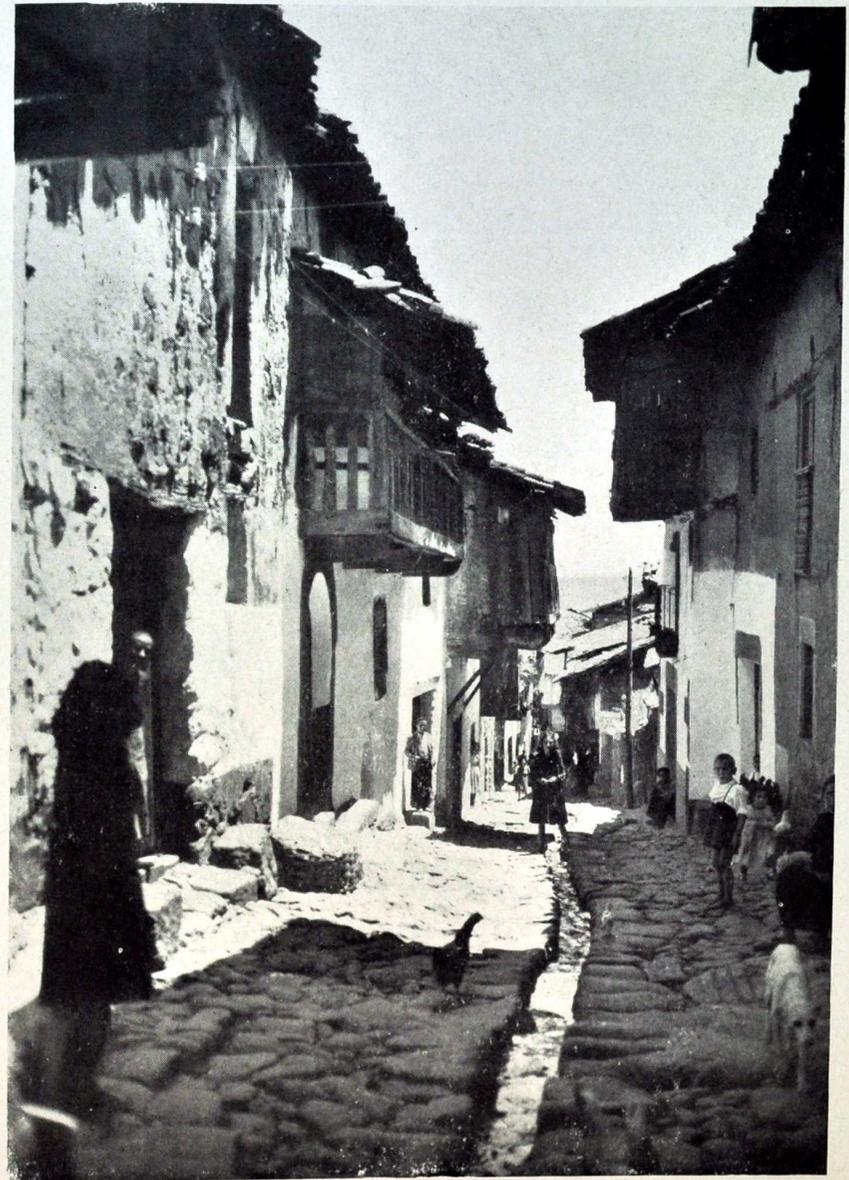
Tono excesivo en la voz, ademanes descompuestos y esgrimir como razón la autoridad del cargo, son pruebas de incapacidad y palestra de insensateces.

La luz de la razón, la agudeza del ingenio, el archivo de la memoria y la decisión de la voluntad, han de estar prontos para resolver con acierto y en razón conveniente. Pasada la oportunidad, con poco fruto nos afanamos.

Limitada es la humana inteligencia. Rara vez damos novedad a las ideas: nuestras más originales concepciones comprobamos que ya fueron dichas por otros. Venturosa la mente que concuerda con los grandes pensadores. La lectura asimilada ahorra tiempo y esfuerzo: es tábano que estimula la acción creadora.

De poco sirven las grandes ideas, si la voluntad es flaca y el corazón no tiene ánimo para realizarlas. Son otro capitán Araña.

«PRUDENS»



ALBUM EXTREMEÑO.—Valverde de la Vera. Calle típica